

**HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL CHRISTOPHE PIERRE  
NUNCIO APOSTÓLICO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA**

**SANTA MISA DEL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA  
SHRINE OF ST. JUDE CATHOLIC CHURCH  
ROCKVILLE, MARYLAND  
16 DE MARZO DE 2025**

Queridos hermanos y hermanas,

Como representante del Papa en este país, les traigo un mensaje de cercanía espiritual y de afecto del Santo Padre. A partir de las lecturas que acabamos de escuchar, quisiera recordarles su infinita dignidad de hijos de Dios y la razón de su esperanza en Cristo, que no defrauda.

Su patrón, San Judas, es popularmente invocado como el «patrono de las causas imposibles». En la primera lectura del Génesis, encontramos a nuestro padre Abraham ante una «causa imposible»: ¿Cómo puede ser que Dios le dé una descendencia innumerable, siendo él tan anciano y su mujer estéril? Sin embargo, como el Arcángel Gabriel le dirá a María en la Anunciación 2.000 años más tarde «No hay nada imposible para Dios».

En esto consiste la esperanza cristiana. Cuando decimos que «esperamos» en las promesas que Dios ha hecho, no estamos hablando de «ilusiones». No es algo así como: «Espero que esto ocurra, pero no estoy seguro». No; para el cristiano, el don de la esperanza nos hace estar seguros de la vida, y de la resurrección, y de la felicidad y la victoria finales. Nuestra certeza en estas cosas no se basa en lo que alguien en el mundo nos ha prometido. Mantenemos nuestra certeza incluso a pesar del daño con el que las personas en este mundo nos amenazan. Nuestra certeza en las cosas buenas no proviene de los seres humanos, sino del hecho de que Dios nos las ha prometido; y Dios no puede engañarnos, ni puede dejar de cumplir lo que prometió. Por eso san Pablo pudo decir: «La esperanza no defrauda» (Rom 5: 5).

+ + +

Me han dicho que su parroquia es una de las «parroquias jubilares» de la archidiócesis. (¿Es cierto?) Pues bien, ya saben de qué trata este Año Jubilar,

¿verdad? ... De la esperanza. Somos «peregrinos de esperanza» durante este Jubileo. Un jubileo es un tiempo de misericordia y perdón. Es un tiempo para quitar cargas pesadas de los hombros de la gente, y para ayudar a la gente a liberarse de la opresión. Está claro que no todos los que ocupan puestos de poder saben que este año es jubilar. Pero no perdamos el tiempo juzgando la falta de fe, esperanza o amor de los demás. Somos nosotros quienes debemos llevar la luz de Dios en este mundo; y a veces nuestro testimonio de la luz de Cristo es más poderoso cuando vivimos un momento de oscuridad. No siempre podemos controlar si las personas y las fuerzas externas a nosotros promulgan la misericordia y promueven la libertad. Pero si estamos abiertos a Dios y al Evangelio de Jesús, entonces el Espíritu Santo es capaz de traer la libertad a nuestros corazones. Es la libertad que nos llega cuando nos dejamos guiar por la fe en el Hijo de Dios. Cuando nosotros mismos somos libres (en espíritu), podemos amar a los demás de manera que les ayudemos a ser libres.

Como dice San Pablo, «Nosotros somos ciudadanos del cielo» (*Fil 3:20*). Esta ciudadanía celestial no es algo que nos hayamos ganado, y no es algo que tengamos que ganarnos. Es un don que Dios nos ha concedido gratuitamente en Cristo. Por su vida, muerte y resurrección, Jesús nos ha hecho verdaderamente hijos de Dios. Esto es lo que nos hace libres. Nos ha introducido en el misterio de su unión con el Dios vivo, que los discípulos vislumbraron en la montaña. Eso significa, no sólo que nos espera un futuro glorioso en el cielo, sino que incluso ahora, mientras caminamos entre la sombra de las amenazas, los sufrimientos y la injusticia, las personas y las fuerzas que nos oprimen no tienen por qué definirnos. Somos, en el corazón y en el espíritu, hijos libres de Dios nuestro Padre, hermanos y hermanas de Cristo, y templos del Espíritu Santo, que se complace en habitar en nosotros.

Una vez convencidos de la esperanza segura, nos convertimos en peregrinos de la esperanza, llevándola adelante como compañeros de Cristo Resucitado. Nos convertimos en misioneros de la esperanza: compartamos con los demás el don de la esperanza que les permitirá ver su vida y su futuro bajo una luz nueva. La luz es Cristo, y por eso no defrauda. Jesús murió sin dinero y condenado en la cruz, y nada en esa experiencia observable mostraba la promesa de que algo bueno saliera de su

vida y de su muerte. Pero una eternidad de riquezas permanecía segura en la mano de Dios, y Él mismo estaba en sus manos.

+ + +

Hermanos y hermanas, también nosotros estamos en las manos de Dios. Bautizados en la muerte de Cristo, también somos partícipes de su resurrección. Por eso, ahora tenemos una esperanza que nos garantiza una vida de abundante alegría en el futuro. Al participar juntos en la Eucaristía, demos gracias por poder tener este encuentro con Cristo resucitado comiendo su cuerpo y bebiendo su sangre. Participando en esta Eucaristía, podemos experimentar lo que expresó el salmista: «El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién podrá hacerme temblar? ... El Señor es mi luz y mi salvación» (*Salmo 26: 8, 1*).